

DAVID HERNANDO

BATMAN

SERENATA NOCTURNA

EL ORIGEN DEL CABALLERO OSCURO



minotauro

BATMAN: SERENATA NOCTURNA
El origen del Caballero Oscuro

David Hernando

minotauro

© David Hernando, 2014

Epílogo de esta edición, © David Hernando, 2021
© de las imágenes, Boceto de Batman © Ty Templeton, 2012.
Reproducido con el permiso de Charlesbridge Publishing.
Imagen de Bob Kane © Yale Joel - Getty Images

© Editorial Planeta, S. A., 2014, 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-1184-3
Depósito legal: B. 11.722-2021
Fotocomposición: Pleca digital S. L. U.

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Introducción de Roy Thomas

11

Prólogo

19

Capítulo Uno

25

Capítulo Dos

47

Capítulo Tres

125

Capítulo Cuatro

165

Epílogo

199

Anexo

215

Bibliografía

225

Material fotográfico

241

CAPÍTULO UNO

Llega tarde. Lo sabe, lo sufre, pero no puede remediarlo. Escribir es su mayor placer, pero al mismo tiempo su peor tortura. Bill es un perfeccionista, casi obsesivo con su labor, y no entregará ningún guion hasta saber que está impoluto. Se pasa todas las noches en vela, tecleando sin parar. Su hijo de apenas siete años hace horas que duerme en la habitación de al lado. A veces incluso escucha su respiración en los momentos en que la radio disminuye por sí sola el volumen de la música. Entre compás y compás de *Pequeña serenata nocturna*, Finger escribe sobre Batman y su mundo. Todo a su alrededor cobra forma en su mente entre las inspiraciones de su hijo y los violines de Mozart. El traqueteo de la máquina de escribir hace los coros, convirtiendo en realidad lo que su imaginación moldea en su cabeza.

Sin embargo, el bloqueo le impide seguir durante horas. Desesperado, pasea por el comedor, ordenando sus ideas, hasta que la radio aumenta el ritmo, su hijo se da

la vuelta y él se sienta de nuevo. Escribe sin parar. Teclea como si se fuera a acabar el mundo. En cierto sentido, así es. Sabe que no va a cumplir el plazo de entrega. Es sábado por la noche y solo lleva la mitad de la historia redactada. La fecha tope era el lunes. De la semana pasada. Sin entrar en pánico, Bill se levanta, se moja la cara, mira el reloj, ajusta el volumen y sigue tecleando hasta el amanecer.

Al amanecer, Louis Finger sabe que no tiene alternativa. Ha pasado toda la noche en vela, pensando en las opciones que le quedan. Y no ve ninguna más que irse de la ciudad. La tienda familiar no va bien y ahora no puede pensar solo en su mujer, Tessie. Ya hace tres años que nació Bill, en aquel 8 de febrero de 1914 que guarda en su memoria como oro en paño, y no tiene manera de dar al niño lo que necesita. Piensa que cuando crezca será mano de obra muy útil, pero ahora mismo solo es una boca más que alimentar. Y no puede hacerlo. Cuando Tessie se levanta, Louis la informa de la decisión: volverán a Nueva York, no queda nada más para ellos en Denver. Ella disfruta con la idea de volver a su ciudad natal y Louis sabe que allí tendrán más oportunidades. Las mismas que pensó que tendría cuando, ilusionado, llegó a Estados Unidos. Con tan solo diecisiete años, Louis dejó Austria para perseguir el sueño americano y aunque ha formado una familia, le falla el aspecto económico para redondear la situación. Con ese objetivo en mente, hacen las maletas y parten hacia el este.

En 1917, si llegas a Nueva York para instalarte con pocos recursos, el mejor sitio es el barrio en auge del Bronx. No hace ni treinta años que toda esa zona contaba solo con granjas y campos, pero hoy surgen apartamentos y

líneas de comunicación con el centro de Manhattan. Es ahí donde Louis ve claro el futuro, abre una sastrería y se instala junto a Tessie y Bill. Por un momento la fortuna le sonrío e incluso la buena previsión hace que le den una hermana al pequeño Finger en 1918: Emily. Tras casi un año construyendo su nueva vida en Nueva York, Louis cree que por fin lo ha conseguido. Cuando zarpó desde Austria en 1907, jamás llegó a pensar que tendría mujer, dos hijos y un negocio propio en una de las ciudades más grandes del mundo, con más de cinco millones de habitantes. Se siente realizado, dueño de su futuro y más esperanzado que nunca. Es entonces cuando la epidemia más mortal de la historia de la humanidad llega hasta su puerta.

Nadie sabe cómo empieza, pero ataca a toda la población mundial por igual. Las diferencias de nacionalidades, banderas y ejércitos que han asolado el planeta durante la Gran Guerra de los últimos cuatro años se convierten ahora en algo completamente irrelevante. Lo que parece ser un resfriado cualquiera evoluciona hasta convertirse en la pandemia de gripe más mortífera conocida. El movimiento de soldados en las trincheras, el regreso a casa tras la victoria de los Aliados y las bajas defensas de la población tras sufrir una guerra mundial dejan vía libre para que en cuestión de pocos meses no quede casi ni un continente libre del virus.

En Estados Unidos llegan noticias desde Kansas sobre un brote en primavera; luego en otoño hay otro en Boston y, para cuando llega el invierno, la gripe ha matado a más de doscientas mil personas. El 11 de noviembre de 1918, el *New York Times* encabeza su portada con el final de la guerra, pero todavía tendrá que anunciar la devastación de la epidemia. España sí ha informado del estado de la

gripe, apodada *española* por ser este país el único que reporta libremente al no haberse implicado en el conflicto, y confirma que han muerto ocho millones de personas. Pero no se detiene ahí. En China ya son treinta millones los fallecidos y el resto del mundo ha de esperar dos años hasta la erradicación total de la cepa.

Louis Finger y su familia aguantan en casa y no contraen la enfermedad, al actuar lo más prevenidos y aislados del resto del mundo como les es posible. Ven pasar a los policías con protecciones y los controles sanitarios de su época hacen lo que pueden mientras en las afueras de las ciudades se concentran carpas para colocar en fila a los enfermos. Las precauciones se multiplican, se reparten máscaras, se firman documentos que garanticen a los inmunes subirse a los trenes y seguir con su vida diaria, pero el coste final, una vez disipada la pandemia en 1920, se cuantifica en 675.000 muertos solo en Estados Unidos. Más de cincuenta millones en todo el mundo.

Con la enfermedad atrás, Louis, Tessie, Bill y Emily recobran la normalidad durante los años siguientes, aunque no por mucho tiempo: el pequeño padece escarlatina. Con pocos recursos sanitarios, Bill permanece en cama para luchar contra la enfermedad. Mientras el mundo se recupera y se pone en pie, él se queda postrado, pero no inmóvil. Su mente viaja lejos y lo hace con la ayuda de la literatura. No puede hacer otra cosa que leer y así inicia su pasión por las letras, por el escapismo, por la aventura y por lo extraordinario. Pasa días, semanas, meses, enclaustrado en esa cama, pero le parecen horas. El entretenimiento, piensa, no tiene fin. Sus ganas de aprender más, tampoco.

Para satisfacer esa necesidad, y al mismo tiempo que nace su hermana pequeña Gilda, sus padres lo inscriben

en el instituto DeWitt Clinton, recién instalado en 1929 en un nuevo emplazamiento en el Bronx. Como una fortaleza se erige en Mosholu Park, dando cobijo entre su gran avenida de entrada, su piscina, su gimnasio o su campo de fútbol a uno de los institutos para chicos más codiciado por las familias judías de la zona. «Un templo de la educación», lo define el alcalde de la ciudad. No es para menos tras gastarse más de tres millones de dólares en su nueva ubicación. Dados los alumnos que surgirán del centro y las lucrativas creaciones y aportaciones que llevarán a cabo, parece una inversión más que amortizada, pues por sus pasillos pasarán Stan Lee, Will Eisner, Burt Lancaster o Ralph Lauren, entre otros cientos más. El lema del instituto reza «*Sine Labore Nihil*» (Sin esfuerzo no hay recompensa) y, cual mantra, se instala en las personalidades de sus alumnos.

Al igual que ellos, Bill quiere ponerse a estudiar y absorber más conocimiento; ahora que lo nota al alcance de su mano no puede esperar. Sus padres lo animan, quieren que sea doctor y gane muchísimo dinero. Él no aspira a tanto, aunque siempre que le pregunten responderá que estudia para ser médico, no sin antes dejar claro su interés por el arte y las letras, motor principal de su motivación. Cuanto más lee, más quiere ser escritor. Cuanto más descubre sobre Dickens, Shakespeare, las revistas de aventuras o las tiras de prensa, más desea tocar todos los ámbitos. Eso incluye el cine, al que asiste con frecuencia gracias al negocio de su padre. En la sastrería, Louis permite exponer carteles de películas en el escaparate como promoción, con lo que obtiene varios pases para el cine que su hijo aprovecha al instante. Como lector, no reniega de nada. Como espectador, no desvía la mirada ante ninguna producción. Todo lo que cae en sus manos, lo devora. Lo que

le encargan leer en el instituto, lo absorbe. Lo que no, lo busca por sí mismo. Es un autodidacta compulsivo. Más le vale serlo, porque ajeno a él, el mismo año en que el DeWitt Clinton estrena edificio, la bolsa en Wall Street explota hasta llevar a la ruina a miles de familias.

El crac bursátil de 1929 prosigue con sus réplicas durante los años siguientes hasta que Finger concluye sus estudios. En 1933 está listo para ir a la universidad, pero no sabe cómo decirle a sus padres que no quiere ser médico. Da por hecho que tendrá que estudiar esa carrera por imposición y, aunque en parte le atrae la idea, en secreto desea dedicarse a contar historias. Sigue empapándose de toda forma de narrativa que encuentra, sea en formato libro, tira de prensa, revista o película. Siente que no puede parar. Hasta que lo frenan. No irá a la universidad, no tendrá más aspiraciones. Ni siquiera el sueño de sus padres de que sea médico para que financie a la familia podrá cumplirse: la Gran Depresión ha tocado fondo y la crisis económica se lleva por delante la sastrería de su padre. El negocio familiar cierra. No parece haber futuro, solo presente. Todo consiste en la búsqueda de trabajo, donde y como sea. Bill encuentra empleos, uno tras otro, temporales e insostenibles, pero trae algo de dinero a casa. Cada día desprecia los trabajos en los que se ve envuelto, mientras sigue soñando historias.

De un oficio a otro, sin descanso, es como pasan sus años de la Gran Depresión. Aparte de las lecturas que puede permitirse, solo encuentra consuelo en algunas de las fiestas que hacen en el barrio, en algún bar donde sentarse con conocidos y charlar durante horas de sus aficiones. Estas han aumentado durante los últimos años gracias a las revistas de diez centavos que le proporcionan aventuras

con personajes como Doc Savage o La Sombra, así como las tiras de prensa de *Terry y los piratas* o *Flash Gordon*. En una de esas fiestas, mientras habla sobre los últimos libros que ha leído y las películas que ha visto, mientras los analiza y desmenuza, un muchacho pasa al lado de su mesa y le presta atención. Sabe reconocer el talento en cuanto lo ve y cree que ese chico algo callado, que solo habla cuando salen a colación sus aficiones, lo tiene. Vuelve atrás unos pasos, se acerca a él y se une a la charla. Mientras Bill gesticula al poner fin a su discurso, con alguna de sus bromas sutiles que provocan alguna risa cómplice, uno de los chicos se levanta y pide otra ronda, momento en el que el recién llegado aprovecha para presentarse. Es 1938 y Bob Kane y Bill Finger se estrechan la mano.

Bill se arrodilla ante el cliente para cambiarle el calzado mientras medita la oferta. Ya ha pasado un tiempo desde que trabaja en esta tienda de zapatos y no sabe cómo escapar. No ha huido porque en casa le recuerdan cada día que aporte dinero y que entregue todo lo que gana sin dilación, pero en su fuero interno sabe que necesita ampliar horizontes. Y Bob Kane le ha abierto la puerta de salida de par en par.

Durante la fiesta en que conoce a Kane, Bill queda impresionado por el joven que se sienta delante de él. Bob no solo se dedica a dibujar, sino que ha estudiado en su mismo instituto, ha obtenido una beca para una escuela de arte en el edificio Flatiron y trabaja desde hace cuatro años para el estudio de Eisner e Iger, famosos por las tiras de prensa que desarrollan de un tiempo a esa parte. Finger le confiesa su deseo de escribir historias, pero al mismo

tiempo le explica lo atrapado que se encuentra en su situación. Una situación que a Kane le resulta muy familiar: antes de colaborar con estudios de dibujo, él trabajó en la fábrica textil de su tío y recuerda perfectamente cómo odiaba ese empleo. Así que insta a Finger a que siga sus pasos y se una a él.

Para ello, le explica todo lo que ha de hacer para llegar hasta donde está él, matizando que lo primero es deshacerse de todo rastro judío en su identidad, con tal de optar a mejores puestos de trabajo. Esa es la razón por la que él cambió su nombre original, Robert Kahn, con el que nació el 24 de octubre de 1915, por el de Bob Kane. A Bill nunca le ha gustado su nombre de nacimiento, por lo que es el mejor momento, ya con el registro del instituto muy atrás, para que el mundo entero lo llame William Finger.²

Una vez hechas las presentaciones, Kane se lanza definitivamente y le propone a Finger que escriba para él. Bill se sorprende, puesto que no ha escrito nada antes ni tiene muestras de trabajo que enseñarle, pero Kane confía por cómo lo ha oído hablar. Sabe que tiene talento, no quiere desaprovecharlo y, sobre todo, lo necesita. Puede seguir vendiendo zapatos o escribir y pasar a ser empleado suyo. Aunque medita la oferta, la decisión es obvia y el destino mismo sabe el resultado: Finger acepta trabajar para Kane. En ese preciso instante, Bob le comenta que ha entablado contacto con DC Comics³ para proseguir con su carrera como dibujante. Más allá del estudio de Eisner

[2] El nombre de nacimiento de Bill fue Milton Finger, pero él lo odiaba. Pese a haberle llamado Bill desde el principio de la narración para una mejor comprensión, es a partir de este punto en la historia cuando pasa a llamarse William, o Bill, de manera pública.

[3] En esta época conocida como National Allied Publications, pero a la que se hará referencia como DC Comics en todo momento.

e Iger, Kane le explica a Finger la nueva posibilidad que surge gracias a los cómics. Las tiras de prensa siguen siendo el objetivo de cientos de dibujantes noveles, porque ahí radica el éxito y la fama, pero DC ha empezado a editar lo que ellos conocen como tiras en un nuevo formato a color, con el que podrían darse a conocer.

Es entonces cuando Bill se empieza a dar cuenta de que Bob habla sobre dinero casi continuamente. La necesidad que él tiene es escribir, pero Kane le habla de acuerdos, retribuciones y fama, algo que en ningún momento había pasado por su cabeza hasta ahora. Lo que Bill quiere es escribir, sea como sea, y Bob se lo ofrece cuando pensaba que no podría hacer otra cosa en su vida más que saltar de un trabajo a otro y darle el dinero ganado a sus padres. La oferta de Kane pasa por escribir un cómic titulado *Rusty y sus amigos*, que, después de escuchar las ideas de Bob, no es otra cosa que una copia de *Terry y los piratas*, la exitosa tira de prensa de Milton Caniff.

Éxito es la palabra clave y la meta en la vida de Bob. Su padre, impresor del diario *Daily News*, ha visto a algunos autores de las tiras de prensa que imprime y les ha preguntado por su sueldo. Sabe que ganan miles de dólares y no se le escapa que su hijo, como el de todos los demás, dibuja sin parar a la que tiene un momento libre. Ve una oportunidad, igual que Kane la descubre ahora en Finger, e insta a su hijo para que persiga esa meta. Para cumplirla, recluta a Bill y juntos planifican las primeras historias de Rusty con aventuras que se nutren de lo mejor del género, con ejemplos exagerados como islas que se hunden en el mar después de la erupción de un volcán. Finger encuentra por fin un canal mediante el que dar rienda suelta a sus necesidades artísticas, ya sea escribiendo secuencias como esa o quedando

con Kane para planificar las tramas. Poco le importa en ese momento que Bob firme de manera individual las páginas, sin mencionarlo a él. Sabe que es la práctica habitual, no puede ser que los autores de las tiras de prensa hagan todo el trabajo ellos, pero sí son los únicos que firman la idea original. En este caso, Rusty es idea de Kane, y Finger le lleva a cabo un servicio. Las dos partes son conscientes, pero, en todo caso, este momento sirve para crear un peligroso precedente.

DC Comics publica la primera aventura de *Rusty y sus amigos* en mayo de 1938, pero la buena acogida por parte de los lectores no dura mucho tiempo. Ese mismo mes de junio sucede algo que cambia el panorama del mundo del cómic y el entretenimiento como lo conocemos hoy en día para siempre: aparece el primer número de *Action Comics*, por Jerry Siegel y Joe Shuster. Nace Superman.

Dos chavales de Cleveland. Dos chicos que apenas superan los veinte años lo han conseguido. Kane sostiene el cómic en sus manos y sabe que será un éxito. Desearía que se le hubiera ocurrido a él. Un superhéroe, antes de que se inventara el término, sostiene un coche por encima de su cabeza. Lleva un traje azul y rojo. Y una capa, no olvidemos la capa, roja y ondeando contra el viento. Siegel y Shuster lo han conseguido, sí, pero llevaban casi cinco años persiguiendo el rayo para meterlo en la botella. De la idea original de un superhombre malvado al héroe que definirá un género pasan muchos años e incluso más rechazos. La necesidad de DC al comenzar la colección *Action Comics* condujo al editor Vin Sullivan hasta Superman. Siegel y

Shuster querían trabajar para las tiras de prensa, pero su proyecto fracasó, una y otra vez, hasta que Sullivan les dio la oportunidad. El Hombre de Acero sobrevuela por primera vez el mundo y solo el público tiene la decisión final sobre su posible triunfo o fracaso.

Jerry Siegel sabe perfectamente que su personaje será un éxito. No ha tenido ninguna duda desde aquella noche de verano en la que le vino la idea a la cabeza. Desde la mañana siguiente, en la que salió corriendo a casa de su amigo Shuster para que diseñara los primeros dibujos. Desde que le explicaran a Joanne Carter, modelo de Lois Lane, los poderes de su personaje saltando por encima de los sofás. Incluso desde el primer rechazo editorial, Siegel sabía que algún día su personaje encontraría un hogar. DC Comics les compra la idea por ciento treinta dólares y en cuanto el éxito de Superman se propaga por el país de manera imparable, les asegura unos incentivos por página superiores al resto de los autores.

Kane observa atentamente cómo se desarrolla la situación y empieza a hacer cuentas. Cuando trabajaba para un estudio, se embolsaba cinco dólares por página, algo que no le salía rentable tras descontar el coste en instrumental de dibujo y su tiempo. En DC Comics, gracias a las historias que planifica con Finger, consigue cincuenta dólares a la semana, una cantidad nada desdeñable para la época. En un mes obtiene fácilmente doscientos dólares, de los que cede una parte a Bill. Pero este Superman tiene algo distinto. Es una obra que obviamente condensa multitud de referencias previas, pero que las muestra como no se habían visto antes. Ahí está la clave de su éxito. Y Kane quiere saber, no cómo lo han conseguido esos dos chavales, sino cómo estar en su posición.

Un viernes de finales de 1938, Bill teclea las páginas del guion de la próxima aventura de Rusty a contrarreloj mientras Kane visita DC para entregar la historieta que toca imprimir ese fin de semana. Lleva meses de relación con Vin Sullivan, su editor, y cree conocerlo bien tras todo ese tiempo. Sabe que nunca le ha fallado cuando le ha propuesto ideas para algún cómic y eso para un editor pesa muchísimo. Cuando le propone ir a tomar algo, ya conoce la respuesta de Vin. Mientras brindan por otro cómic entregado y listo para la imprenta, Kane aprovecha para satisfacer su curiosidad. Ha observado el desarrollo de Superman durante todos estos meses y ha visto personalmente a los niños pidiendo en el kiosco «ese cómic en el que sale Superman», sin mencionar siquiera el título de la colección. Está convencido de que es una máquina de hacer dinero y está a punto de confirmarlo. Así que le muestra a Sullivan unos diseños basados en Flash Gordon, para que vea que no solo sabe dibujar aventuras tradicionales, sino que los héroes también se le dan bien. Sullivan exclama: «¡Parecen directamente dibujados por Alex Raymond, Bob!». Él ya lo sabe, es de ese autor precisamente del que ha copiado los dibujos. «Deberías empezar a dibujar personajes como Superman», sentencia el editor. El anzuelo está preparado, solo falta tirar de él.

—Está siendo un éxito ese Superman, ¿verdad? —pregunta Kane.

—Sí, más del que podíamos imaginar. Está vendiendo muchísimo.

—Con semejante repercusión, ¿cuánto están ganando Siegel y Shuster?

—Se llevan ochocientos dólares a la semana, cada uno.

¡Ochocientos dólares! De repente sus cincuenta semanales son limosna. El futuro, más que nunca, es Superman. Sin reprimir su sorpresa, Kane se incorpora en su asiento y exclama:

—¡Dios mío! ¡Si yo pudiera ganar ese dinero!

—Bueno, pues estamos buscando más personajes de ese estilo. ¿Te atreves con uno?

—Por esa cantidad, tendrás uno el lunes.

La bravuconada dura poco cuando Kane vuelve a casa. No solo se ha comprometido a crear un personaje como Superman, sino que se ha puesto fecha de entrega a sí mismo sin tener nada de base, pero sabe lo que tiene que hacer. Lo ha visto en el personaje de Siegel y Shuster. Es solo cuestión de coger un poco de varias referencias y construir algo nuevo basado en algo viejo. Como los calcos de Alex Raymond han encandilado a su editor, ya sabe qué camino seguir. Coge de su estantería los recortes con las tiras de prensa de Flash Gordon y busca alguna imagen que le convenza como modelo. Y, tras rebuscar mucho entre su colección, la encuentra. La tira del 17 de enero de 1937 tiene una viñeta en la que Flash Gordon se sostiene con una mano de una liana mientras con la otra dispara a un monstruo, con las rodillas flexionadas para evitar a la bestia. Kane siempre se ha vanagloriado de su capacidad para imitar estilos ajenos. «El gran copiador», se define a sí mismo. Por lo que no es de extrañar que la figura resultante en su hoja de papel sea exacta en lenguaje corporal a la dibujada por Raymond.

El siguiente paso es aplicar color. Y para eso tiene sobre su mesa el *Action Comics* 7, el número más reciente de la

serie, con fecha de diciembre de 1938. En su portada, Superman sale volando por encima de unos edificios, con un criminal cogido por un pie mientras sobrevuela la ciudad, seguramente para llevarlo ante la justicia. Si eso funciona, eso es lo que hará. Pinta el cuerpo de rojo, le añade unos pantalones cortos a imagen y semejanza de los del Hombre de Acero, pero de color negro para contrastar más con el rojo de las piernas, torso y brazos. Como Flash Gordon no lleva capa, nota que le falta algo... y para evitar una copia absoluta evita el complemento de Superman y le pone unas alas rígidas adheridas a la espalda para simular un pájaro, así también volará como el superhéroe de Krypton. Para rematar la faena, le coloca un antifaz para cubrirle un poco el rostro, si bien no tiene ni idea de qué identidad está ocultando, y deja que se le vean los ojos, mostrándolos a través de dos puntitos que dibuja en medio de la máscara. Con este boceto escribe debajo la palabra «Bird-Man» (Hombre Pájaro) y, como las alas las realiza con una silueta perfilada de murciélago, basadas en un artilugio de Leonardo da Vinci cuyo boceto Kane tiene esparcido por su habitación como referencia, escribe también el posible nombre de «Bat-Man» (Hombre Murciélago). Ya que está, añade «Eagle-Man» (Hombre Águila), por probar nombres y, en todo caso, adaptar las alas a uno u otro animal, el que más le convenza.

Sin embargo, sabe que le falta algo. Ese personaje que le devuelve la mirada, vestido de rojo, con la cabeza descubierta, alas adheridas a su espalda y un antifaz negro, no tiene la fuerza suficiente. Y la razón reside en que le falta lo que Siegel y Shuster tenían: confianza en su creación, volcar algo más aparte de llevar a cabo un pastiche de influencias. Siegel y Shuster creían en Superman, primero

vino la idea y, después, las referencias ayudaron a darle imagen. Una vez definida, lucharon por ella durante años. Kane no tiene paciencia para desarrollar una idea, quiere una copia, como gran copiadador que es, que le produzca asimismo una réplica de los cientos de dólares que ganan los creadores de Superman a la semana. Busca un artificio, una fabricación, un constructo, pero no tiene un personaje. Le falta el corazón que le dieron Siegel y Shuster a su creación. Le falta darle alma. Y sabe que solo una persona se la dará.

«Píntalo de gris oscuro», le dice Finger. «Y añade más negro.» Desde que Kane ha llegado a casa de Bill, este lo asalta con mil ideas para completar el diseño. Apenas hace veinte minutos que ha entrado en su piso, aprovechando que los dos viven en la misma avenida a pocos metros de distancia, y ya tiene su boceto lleno de sugerencias anotadas alrededor. Lo que para Kane es una herramienta necesaria para conseguir una meta económica, aplicando así una visión a años luz de distancia del resto de los autores de la época, para Finger es la epifanía que estaba esperando. Haber trabajado en las historias de Kane durante los últimos años ha dado su fruto y por fin puede implicarse desde el principio en la creación de un personaje. Finalmente puede volcar sus inquietudes, sueños y deseos tras haber consumido tantas novelas, revistas, cómics y películas. Es lo que estaba esperando desde que supo que quería ser escritor y no piensa dejar escapar la oportunidad. Normalmente, su carácter apocado le ha impedido sobresalir como quería, tanto en lo personal como en lo profesional, pero ahora no va a permitir que nada lo detenga al expresarse.

Kane toma notas mientras Finger camina de un lado a otro de la habitación buscando entre sus cientos de referencias. Encuentra el diccionario Webster, la edición más reciente de 1937 que guarda a mano por lo útil que resulta, y busca como un desesperado el apartado en el que hablan de murciélagos. Y no encuentra solo una definición, también hay un dibujo. La ilustración, con un murciélago con las alas abiertas, le indica el camino. Se la enseña a Kane y le dice que se dejen de hombres pájaros o águilas: el murciélago es el ganador. La naturaleza del animal les permitirá contar historias de misterio e intriga, con un toque algo oscuro. Kane quería un superhéroe como Superman, pero Finger no está por la labor. Finger quiere un detective.

Para que obtenga éxito y cumpla el requisito de DC Comics, tendrán que vestirlo como un superhéroe, pero para eso hay otros ejemplos en la cabeza de Bill. Rescata de otro estante historias protagonizadas por La Sombra, un personaje envuelto en una capa negra que cubre su rostro con un sombrero y un pañuelo. «Cubramos la cara también», dice Finger. «En vez de un antifaz, pongamos una capucha que le tape toda la cabeza hasta debajo de la nariz. Deja solo al descubierto la boca. Y tapa los puntitos de los ojos, deja que esa zona sean únicamente dos manchas blancas, le dará un toque ominoso.» Kane corrige su boceto inicial, del que cada vez quedan menos rastros, con las indicaciones de Finger. Su amigo va tan rápido que le cuesta seguir el ritmo y le pide que paren un poco. Bill se detiene, pero su cabeza no.

«Quítale las alas rígidas», añade. «Mejor una capa, como La Sombra, pero pon unas puntas en la parte inferior que recuerden a las alas del murciélago. Así ganará dinamismo. Y añade guantes, para no dejar huellas en las escenas del crimen.» Para rematar, como Superman tiene la S en el

pecho, piensa que Batman también necesitará un logo y propone utilizar como base la imagen que han rescatado del diccionario: un murciélago con las alas abiertas, relleno de negro. Ese diseño que se presenta ante ellos dice mucho más: denota un personaje oscuro, distante y algo tétrico. Un contrapunto perfecto para el Hombre de Acero de Siegel y Shuster. Kane iba a darle una copia perfecta a DC, pero Finger ha conseguido distanciarse del héroe de ciencia ficción para consolidar una amalgama de todas las referencias que pasan por su cabeza sobre detectives y novelas de misterio con héroes que se enfrentan a los bajos fondos. Si Siegel experimentó con la fórmula y consiguió el patrón por el que se registrarán los superhéroes con poderes a partir de ese momento, Finger hace lo propio con los justicieros.

Pero más allá del diseño, necesitan una historia. Es viernes noche y tienen que entregarla el lunes. Kane, a sabiendas de los problemas de entrega de Bill, le pregunta si será capaz. Y aunque no duerma en todo el fin de semana, Finger sabe que es su oportunidad. Ha creado junto a Kane a su personaje fetiche y no piensa ceder el guion a otro. Sin embargo, por mucho deseo que haya, la realidad es que Bill suda cada página como siempre. Para evitar sus habituales retrasos, usa una de las historias de La Sombra como referencia, algo que le ayudará a acelerar el guion para que Bob empiece a dibujar. De entre todas las que tiene guardadas, la historia «Partners of Peril», de noviembre de 1936, es una de sus favoritas. Eso lo provee con la trama central, que girará en torno a un gremio químico, revelando estafas y engaños. Aunque el esqueleto base lo tiene montado, todavía le falta algo primordial: definir quién se esconde bajo la capucha.

Finger quiere que en la primera página aparezca Batman en su identidad civil, pero que ni los lectores ni los personajes sepan que él es en realidad el justiciero. La vuelta de tuerca con respecto a Superman, que revelaba su identidad a los lectores desde la primera viñeta, es más que evidente. Bill piensa en posibles nombres y por su mente pasan multitud de referencias como Adams o Hancock, pero ninguno le convence. Tiene claro que será un millonario en su vida real, para explicar por qué puede permitirse los artilugios que emplea como Batman, y también que será un ser humano. Nada de extraterrestres ni seres de otra dimensión. El Hombre Murciélago será, como parte de su nombre indica, un hombre. Podrá sangrar, resultar herido, fallar en sus hazañas o morir. Está convencido de que eso otorgará un dinamismo a las historias que los lectores agradecerán. Pero el nombre sigue sin venir a su mente. Es uno más de tantos bloqueos.

Cuando empieza a preocuparse por no avanzar más allá de la primera página, bucea entre sus libros y encuentra una referencia a Robert Bruce, noble escocés de principios del siglo XIV que cumple el requisito de millonario que tiene en mente. Al lado surge un libro sobre Anthony Wayne, general conocido por su participación en la guerra de la Independencia de Estados Unidos. La mezcla de ambos apellidos le gusta como suena: Bruce Wayne. Lo repite en voz alta: «Bruce Wayne». Tiene ritmo y puede imaginarse perfectamente a un millonario con ese nombre. Con su personaje principal bautizado, escribe la primera viñeta, basándose en parte en la escena de apertura de la novela ilustrada de La Sombra. Pero apenas ha escrito un bocado de diálogo y sabe que tiene que parar de nuevo. Ha pensado en un comisario de policía como persona-

je recurrente porque Batman, como justiciero fuera de la ley que será, necesitará un enlace con el cuerpo policial. Tenía clarísimo que la historia empezaría con un diálogo entre Wayne y el comisario para revelar en la última viñeta de la historia, y solo a los lectores, que el millonario es Batman en realidad, estableciendo así un juego cómplice con los chavales que compren el cómic cuando vean que el comisario no sabía que estaba hablando con él desde el principio. Pero le falta el nombre para el comisario... así que vuelve a sus libros y revistas. Pese al tortuoso camino que le supone producir cada página, se engañaría a sí mismo si no reconociera que está disfrutando como nunca.

Sin esperarlo, de entre una pila de revistas de suspense, sobresale el reciente número de octubre de 1938 de *The Whisperer*. En su portada un círculo de texto presenta a un nuevo personaje: «¡El comisario Wildcat Gordon! ¡Vigoroso! ¡Fascinante!». Y más que oportuno. Bill regresa a la máquina de escribir y redacta el primer diálogo entre Bruce Wayne y el comisario Gordon sin darse cuenta de que está haciendo historia. El resto de la trama del cómic, que ocupa seis páginas en total, lo redacta con la trama de *La Sombra* como guía, lo que ayuda enormemente a entregarle a Bob el guion a tiempo. Bill le adjunta todas las referencias posibles para dibujar la historia tal como la ha montado en su cabeza al escribirla. De esa forma le deja la novela ilustrada de *La Sombra*, el número de *The Whisperer* del que ha sacado el nombre de Gordon y la novela de misterio *Gangbuster in Action*, de 1938, con ilustraciones de Henry E. Vallely, porque está convencido de que muchos dibujos le servirán de influencia para captar el tono lúgubre de la trama. Además de todo esto, anota referencias a

mano como Sherlock Holmes o Douglas Fairbanks, actor conocido por interpretar al famoso héroe de la película *La marca del Zorro*.

Kane sabe que va a tener que hacer uso de su gran dote como el gran copiadador para llegar a tiempo de la fecha de entrega y agradece que el guion venga acompañado de tanto material adicional. Es sábado por la tarde y solo dispone de un día para trasladar las seis páginas a dibujo completo. Entre las referencias que le ha adjuntado Bill, Kane se dispone a calcar algunas escenas para ir más rápido. Del relato de La Sombra o las ilustraciones de Vallely rescata chimeneas, coches, secundarios, la trampa mortal cilíndrica del gremio químico o el aspecto de Bruce Wayne. Para Gordon imita una fotografía que aparece en un anuncio de la revista *The Whisperer* con un señor algo mayor, con pelo canoso y gafas redondeadas. Y así, viñeta a viñeta, va calcando y copiando poses, escenas y tonos. Cuando le toca hacer la portada, rescata el boceto original que copió de Flash Gordon, actualiza el traje con los cambios sugeridos por Bill y tiene lista la primera aventura del Hombre Murciélago. Justo a tiempo. Finger respira aliviado y se deja caer en su cama para descansar un poco. Como el contacto con la editorial siempre lo ha tenido Kane, es lógico que Bob le diga que va él mismo a entregar su trabajo conjunto al editor. Bill ni siquiera se molesta en sugerir acompañarlo, sabe perfectamente que su posición es la de empleado de Bob, pero en este caso confía en que su cocreación guste igual que la de Siegel y Shuster.

Cuando Kane entra en la editorial el lunes por la mañana, Sullivan le pregunta si tiene a un nuevo superhombre bajo el brazo. Para su sorpresa, así es. De un sobre saca las seis páginas y una ilustración de portada sobre «El caso

del gremio de químicos», con Batman como protagonista. Kane le explica a Sullivan cada página, le presenta a Bruce Wayne, al comisario Gordon y las habilidades del justiciero, dejando claro que no será como Superman. Le describe el tono oscuro, ominoso y detectivesco del personaje, que complementará perfectamente al Hombre de Acero. Sullivan no cabe en su asombro y, tras leer el cómic, confiesa que le gusta mucho y quiere publicarlo. Bob le responde que no tenía ninguna duda al respecto y, por fin, llega su deseado momento: le pregunta bajo qué condiciones pactan.

Finger espera ansioso en casa, da vueltas por la habitación, por el comedor, sabe que su futuro como escritor depende de la acogida que tenga su historia. Confía en Bob, no olvida que es quien le ha abierto las puertas de este mundo. De no ser por él, aún seguiría vendiendo zapatos. Desde que sufrió la escarlatina, desde que terminó sus estudios en el DeWitt Clinton, desde que sus padres lo apremiaban para estudiar Medicina, él solo ha soñado con este momento. Si Batman gusta, se ve capaz de escribir cientos de historias sobre el personaje. Es la personificación definitiva de sus anhelos, es lo que siempre ha buscado.

Kane sigue hablando con Sullivan sobre el acuerdo y le deja claro que quiere pasar de los cinco dólares por página que cobra por sus trabajos habituales a diez dólares cada plancha. Eso equivale a pagarle sesenta dólares al momento por la primera historia de Batman, así como por las siguientes que vengan. El editor le pregunta de dónde ha sacado las ideas para este personaje y Bob responde al instante con un discurso ya preparado para semejante eventualidad. Primero, deja claro que el diseño proviene del dibujo de un ala delta con forma de murciélago de Leonardo da Vinci y de la película *El murciélago susurra*, en la que el asesino lleva

una máscara de murciélago. Por otro lado, la doble identidad del héroe la ha sacado del film *La marca del Zorro*. Poco importa que en realidad el dibujo de Da Vinci conste más bien en un par de bocetos sutiles o que el asesino en *El murciélago susurra* lleve una capucha que en nada recuerda a un murciélago.⁴ Sin embargo, Bob sí acierta en su tercera referencia con la película del Zorro, pero omite un dato importante en cuanto al origen de esa influencia, por no decir todo el proceso real.

Sullivan suele acreditar tanto al guionista como al dibujante, siempre que no se trate de un autor completo que desempeñe ambas funciones, y de ser así solo cuando ambos hayan creado al personaje. No tiene ningún problema en llevarlo a cabo y así lo hizo en su día con Superman. Tanto Siegel como Shuster utilizan dibujantes en la sombra para que los ayuden con las fechas de entrega del Hombre de Acero, algunos contratados por ellos y otros sugeridos por DC Comics, pero aunque todos conozcan quiénes son y los propios autores lo comenten entre ellos y con la editorial, solo figuran los creadores en los créditos. Es la mecánica habitual heredada del funcionamiento de las tiras de prensa y nadie se extraña por ello. Así, mientras Finger espera ilusionado, mientras todas sus aportaciones para dar forma al personaje tal y como lo conocerá el mundo descansan sobre la mesa de Vin Sullivan, este desconoce por completo no ya su participación, sino su existencia. Cuando toca firmar el acuerdo, Bob Kane sentencia: «Yo soy el único creador de Batman».

[4] Este film en realidad es un *remake* de la película *El murciélago* (1920) donde el asesino sí lleva una máscara con forma de murciélago, pero que Kane reconoce no haber visto.